

Lunes 13 de Octubre de 1919

EL SUPPLICIO DE LA BARANDA

Es opinión corriente que en la bolsa se gana el dinero sin trabajar. Esto es más que un absurdo, una aberración y una infamia, En ningún ramo de la actividad humana se gana o se pierde el dinero con mayor suma de esfuerzos que el la Bolsa de Comercio, y los que piensan de otro modo, es porque no han estado nunca ante el "panneau" decorativo de Pedro Subercaseaux ni conocen el suplicio de la baranda.

Yo también, a pesar de haber leído los amenos e ingeniosos artículos de Ricardo Valdés, me contaba en el número de los detractores; pero un día, más por espíritu de observación que de lucro, entré en el noble santuario de las Llallaguas y las Antofagasta. Iba con el ánimo resuelto del que penetra voluntariamente en uno de los círculos del Dante, dispuesto a hacerse el sordo a las tentaciones del demonio y a las quejas de las víctimas.

La barra estaba repleta: un conjunto de individuos agitados y nerviosos alargaba el cuello, tratando de percibir la última cotización trazada con tiza en la pizarra, mientras al centro, otro grupo, más inquieto todavía, se agitaba en un constante y descompasado ulular.

Todas las categorías sociales estaban allí representadas. Caballeros inclinados al peso de los años y de las carteras, jóvenes paseadores, y yanquis de espíritu industrial y práctico, poetas sentimentales, agencieros españoles, jefes de casa de comercio, despacheros italianos, agricultores, intelectuales, etc.

Un joven delgado y alto, aprovechando las ventajas de su talla, llamaba a voz en cuello a un corredor:

-¡Arturo, Arturo!

Luego le daba, en tono misterioso, sus órdenes:

-¡Oye! Cómprame cien de cada una de las acciones que están en este momento en la pizarra.

-Pero, hombre, si las Caylloma y las Huanuni van a bajar... Espera un poco.

-Ya te he dicho: cómprame cien de cada una de las que están en la pizarra...

El corredor se va refunfuñando. Un alemán, a quien no he visto en mi vida, se acerca para decirme:

-Tome Facas, señor; es un dato colosal. Yo he tomado diez mil - y ne mostraba, entre tanto, un contrato.

-No compre, señor, no compre - me decía otro desconocido, sujetándome por la chaqueta.- Las Vacas se van al hoyo. Acuérdesse usted de mí. Pida Llallaguas; Ross ha dado orden de comprar. De éstas se van a quinientas.

-¿Han mejorado las condiciones de explotación? ¿Se han descubierto otras vetas? ¿Hay alguna noticia?

-¿Qué más noticia quiere usted? Le estoy diciendo que Ross compra...

-¡Por nada, por nada! - terció un señor gordo en la conversación. ¡Está vendiendo! ¡Compre Antofagasta, son un salteo!

-¿A cuánto estaban ayer?

Mi interlocutor sacó una libreta y me enseñó la cifra.

-Fero ahora han subido veinte puntos, lo que en el total de acciones equivale a diez millones de pesos...

-Eso es lo de menos.

-¡Cómo! Entonces, qué justifica esta alza de valor?

-No se preocupe de sacar cuentas y siga mi consejo: compre. A mí me lo aconsejó ayer un amigo de Valparaíso, a quien se le dijo el peluquero del gerente.

En este momento oí una voz conocida. Era la de un amigo moralista que siempre ha hablado pestes de la Bolsa.

-Esto es una vergüenza - me dijo.- Aquí se esterilizan los esfuerzos de la juventud. Hombres sanos, fuertes, capaces de ganarse la vida en cualquier orden de actividad, están jugando desenfrenadamente... !Pst! !Pst!. - llamando a un corredor:- cómprame 1.000 Domeykos... De todo esto tiene la culpa el Gobierno, con su maldito papel moneda, su desmoralización, su falta de tino... Ya lo ves, yo mismo he tenido que entrar por esta clase de negocios que me repugnan atrocemente; pero ¿qué quieres? Los bancos no prestan capital para la agricultura ni para las industrias. Y a propósito: ¿tú no has tomado Resurgimiento?

-¿Qué es eso?

-El papel de moda. Una sociedad recién fundada. En esto no hay especulación, tú sabes que yo no las acepto, es un negocio seguro, segurísimo. Con decirte que ayer no más cortaron un manto...

-¿De Cachemira?

-¿De mineral, bárbaro, de mineral! No merecía que te diera el dato; pero con los amigos no puedo ser egoísta. Si en medio de este ambiente y de esta desmoralización, abandonamos la protección mutua, el altruismo, estamos perdidos. Te voy a dar una prueba de que la atmósfera mercantil y mentirosa de la Bolsa, no ha alterado mi carácter. Te voy a ceder quinientas... No me des las gracias. Aquí tienes el traspaso...

Lo recibí estupefacto. Esa tarde, las Resurgimientos subieron medio punto. Quise vender; pero pensé que con eso no alcanzaba a cubrir la comisión del corredor. Al día siguiente bajaron cinco puntos y empecé a padecer el tormento de la baranda.

A las diez y media de la mañana, para encontrar buen local, ya estaba yo afirmado en la balaustrada de la barra.

-No te muevas - me decía de vez en cuando mi benefactor.- Las Resurgimientos pueden subir una barbaridad, pero pueden también venirse al suelo.

La baranda y yo éramos una misma cosa. Con cuarenta grados de temperatura ambiente, estrechado por la multitud, recibiendo pisotones de los extraños y pellizcos de los amigos gananciosos, desafiaba impertérrito la tempestad, con la mirada fija en la pizarra. Cerca de la barra, en la misma situación que yo, había otros quinientos galeotes, amarrados al duro banco, o más bien, a la ruda baranda de esa galera turquesa. Almorzábamos de prisa, y volvíamos a tomar sitio en la Bolsa; salíamos a las 5, y a las 6 estábamos golpeando, como los agricultores el barómetro, la cajita de vidrio que en el Club guarda las cotizaciones; a las 8 comíamos ligero, para salir a las 9 a averiguar noticias, y soñar en la noche con el eterno ulular de los corredores y la maldita pizarra con cifras que bajaban de veinte en veinte puntos.

Las Resurgimientos, en tanto, seguían descendiendo. Sujeto a la baranda perdí el apetito, olvidé el sueño y casi renuncié a toda clase de necesidades, por temor de empobrecer en cualquier salida.

Por fin, después de veintitrés días de angustia, las Resurgimientos subieron punto y medio, y que fué para mí como decir punto y coma, porque desde ese día recobré el apetito y las demás funciones.

La mitad de la diferencia se me fué en pagar el corredor y me gané 300 pesos. ¡Los trescientos pesos que he ganado con mayor esfuerzo en mi vida!

¡Y todavía hay quienes hablan de que en la Bolsa, el dinero se gana sin trabajar!